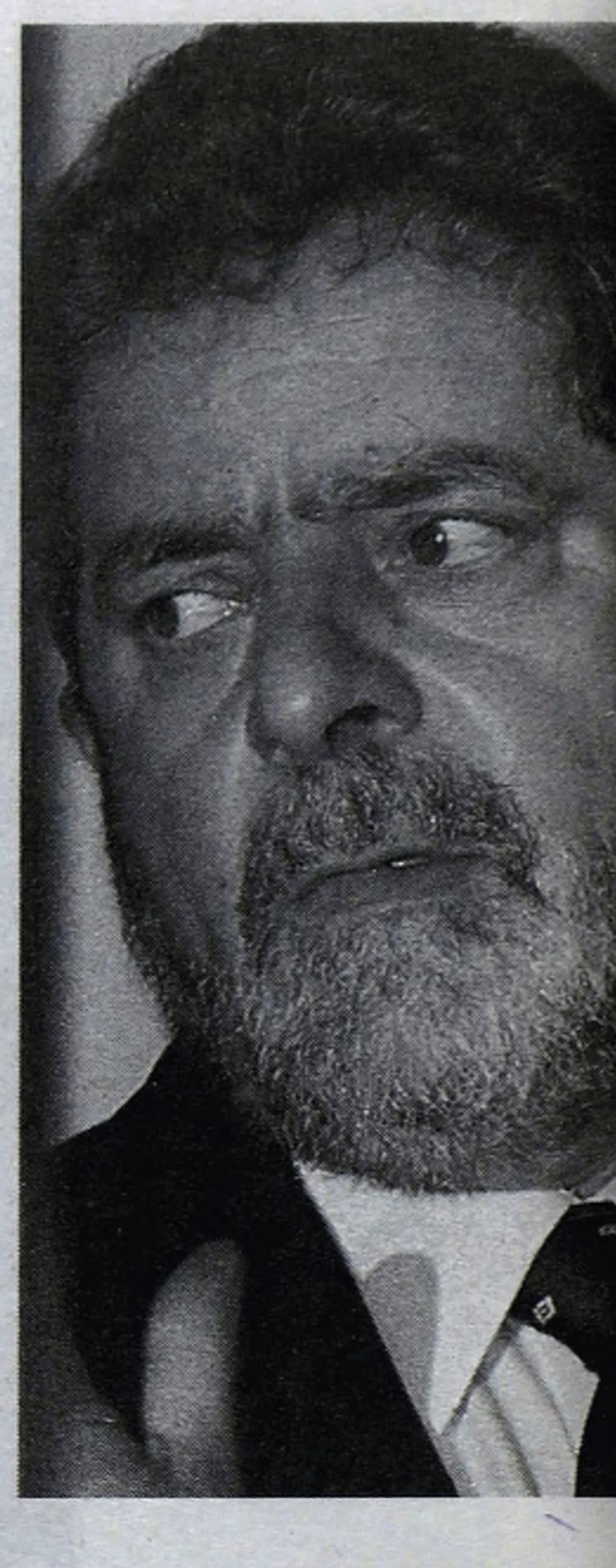
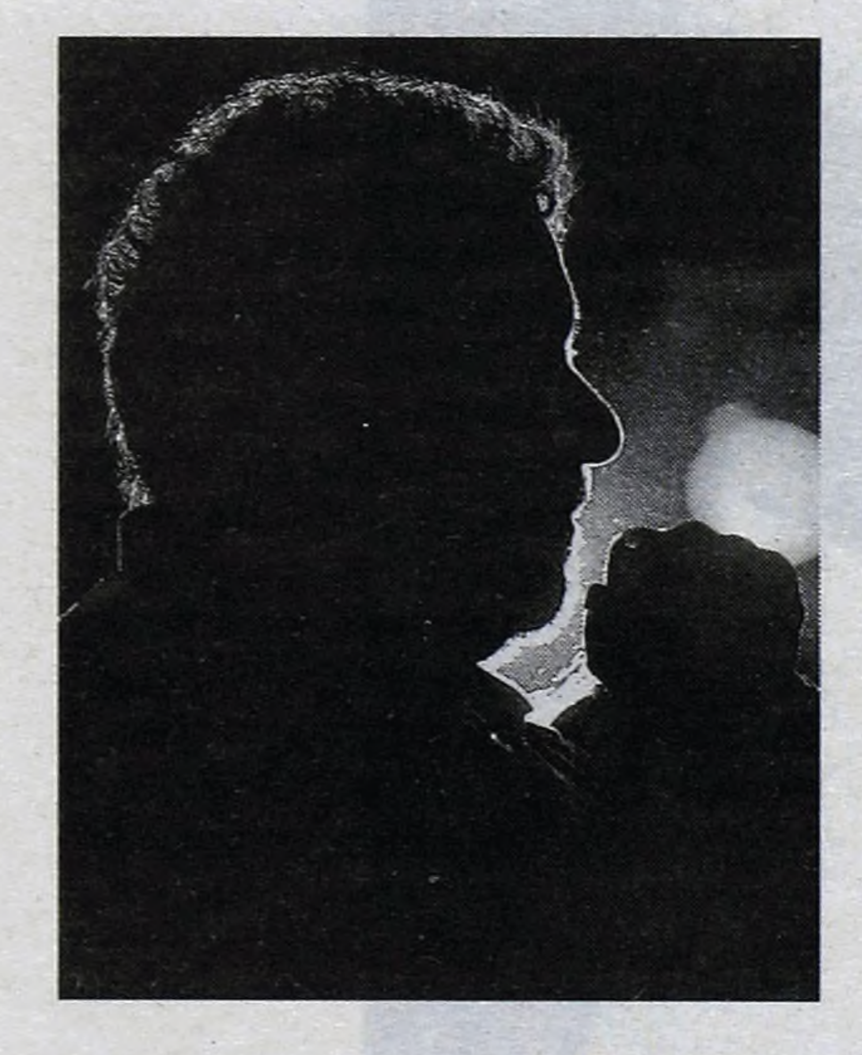


LA METAMORFOSIS

Un intenso debate ocupa las primeras planas en Brasil a propósito del significado cultural del triunfo de **Lula** en las últimas elecciones presidenciales. Independientemente de los apoyos y decepciones que sus primeros cuarenta días de gestión susciten, la figura y el discurso del nuevo presidente merecen atención más allá de las páginas de economía. **Radarlibros** convocó a dos prestigiosos intelectuales para que reflexionen sobre los cambios en el país vecino.

ACONTECIMIENTO LULA





POR SUELY ROLNIK

Un verdadero acontecimiento parece haberse producido a lo largo de la campaña electoral de Lula para la presidencia de Brasil, más allá del hecho concreto de su victoria: el vaciamiento de la creencia en la perversa jerarquía de poder que distribuye lugares sociales y los fija ya en el selecto territorio-glamour de las subjetividades-lujo (*luxo*), ya en el vasto territorio-cloaca de las subjetividades-basura (*lixo*), hecho de guerra, favela, tráfico de drogas, secuestro, colas en los hospitales, niños desnutridos, gente sin techo, sin tierra, sin camisa, sin documento, gente "sin".

Lula encarna, precisamente, la disolución de la subjetividad-basura y su posición de víctima, que en la versión brasileña es resultante de 500 años de una política de subjetivación colonial, esclavócrata, dictatorial y capitalista.

La figura de la víctima pertenece a una política de relación con la crueldad propia de la vida, que consiste en denegarla. La crueldad, condición trágica de la vida, se impone como una necesidad vital en función de la paradoja irresoluble entre dos modos de relación que la subjetividad establece con el mundo material: como diseño de una forma, aprehendido a través de la percepción, que revela a la subjetividad la existencia formal del otro (su representación); o como campo de fuerzas, aprehendido a través de la sensación, que le trae su presencia viva. Las nuevas experiencias producen sensaciones disonantes respecto de las formas en relación con las cuales la subjetividad está habituada a situarse. Tales formas se tornan un obstáculo para integrar las experiencias que provocaron la emergencia de ese nuevo estado sensible y, por eso, dejan de canalizar el proceso y se vacían de vitalidad. Cuando esta paradoja alcanza un umbral, tiene que ejercerse la crueldad para que se deshaga un mundo que ya no tiene sentido; esa crueldad se ejerce a través de la potencia de resistencia, de la lucha por la expansión de la vida y, coextensivamente, de la potencia de creación constructora de otros mundos, sin la cual la resistencia no prospera.

DIALÉCTICA DE LA VÍCTIMA Y EL VERDUGO

En el capitalismo contemporáneo, la subjetividad tiende a ser la expresión de la realidad viva del mundo en cuanto campo de fuerzas. La potencia de creación, disociada de la realidad sensible que la moviliza, es capturada por el capital y puesta al servicio del mercado, separándose de la potencia de resistencia. Restringida al conocimiento del mundo a su forma y, por lo tanto, al mapa de las representaciones de la forma vigente (con sus personajes y sus conflictos de intereses), la subjetividad proyecta en el otro su experiencia de la crueldad de la vida. El afecto de resistencia es interpretado en términos de matriz dialéctica, como lucha entre opuestos, subjetividades reificadas en identidades cuya lucha gira exclusivamente en torno del poder. Sin embargo, sea cual fuere el vencedor, en términos de política de deseo lo que triunfa en este caso es la fuerza del conservadurismo que defiende la forma vigente y que, por lo tanto, resiste en un sentido negativo, ignorando la diferencia de la cartografía sensible que emerge y frenando la creación de una forma de vida que le sirva de pasaje.

En esta política de resistencia reactiva, se silencia la multiplicidad de fuerzas en juego y se la subordina a su encuadramiento en apenas dos figuras subjetivas: la víctima y el verdugo, dos caras de una misma lógica. Desde el punto de vista del verdugo, la lucha pretende someter al otro para que, tomado como objeto, pueda ser instrumentalizado al servicio de la conservación de sí mismo y de su expansión. Política perversa del ejercicio de la resistencia en su versión reaccionaria, capturada por la forma de la violencia y que se confunde con ella: desde la violencia explícita, física o moral, hasta la violencia implícita de una forma "pacífica" que consiste en un respeto políticamente correcto del otro (patinado de piedad) que lo fija en un lugar identitario.

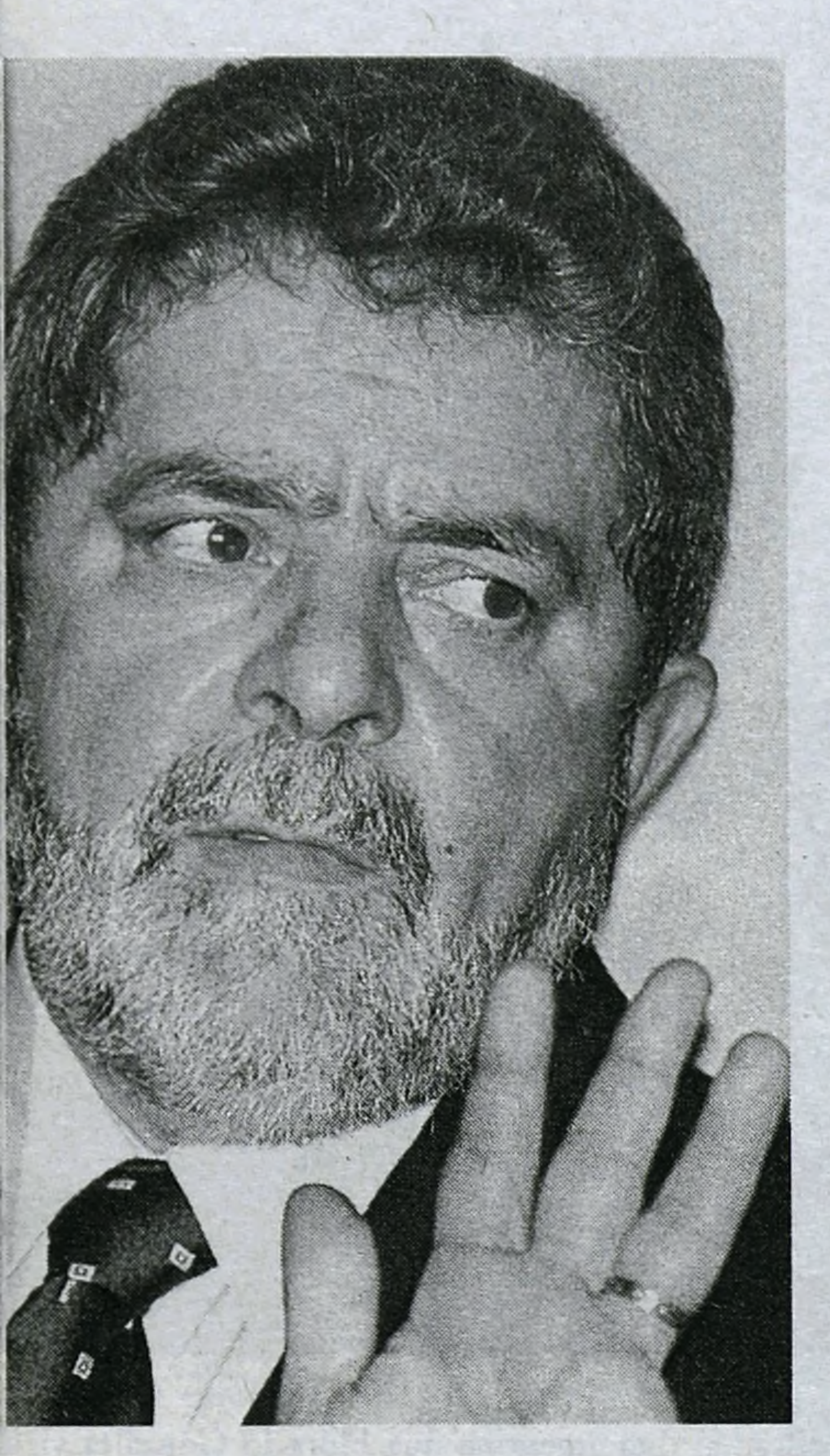
Si para el verdugo la violencia es activamente asumida, en el caso de la víctima se justifica como reacción a la violencia del otro, confinado en el personaje del "enemigo" y se ejerce implícitamente en estilo quejoso, con la forma del resentimiento o de la autoconmiseración melancólica (que involucra al otro a través de la culpa), o explícitamente en estilo rabioso, con la forma de la venganza y de la paranoia. Políticas de resistencia de la víctima que responden en espejo aquello mismo que pretenden combatir: la lógica de la violencia y sus principales protagonistas (el par víctima/verdugo), que alimentan voluptuosamente.

La víctima cree en las figuras de la subjetividad-lujo y la subjetividad-basura y en el valor superior de la primera, ideal de *ego* que moviliza admiración, identificación y envidia (eso que el psicoanálisis califica como "identificación con el agresor"). Por debajo tanto de su reivindicación resentida cuanto del ataque vengativo hay en verdad una demanda dirigida a la subjetividad-lujo: demanda de valorización social, de reconocimiento, de pertenencia, o sea, una demanda de amor dirigida al verdugo.

LULA: ¿VÍCTIMA O VERDUGO?

El "acontecimiento Lula" es la deserción viva de la figura de la víctima, un cuerpo que habla desde el lugar de aprensión de la realidad viva del mundo como campo de fuerzas. Producida en este *otro* lugar, el discurso de Lula es portador de la exigencia y de la libertad de problematizar la realidad en su forma actual, en función del encuentro con la alteridad variable del mundo. Un tipo de conocimiento que no se aprende en la escuela ni tampoco en la mejor de las universidades, sino a partir del deseo de correr el riesgo de exponerse al otro como manojo de fuerzas que afectan al cuerpo, agitan y convulsionan la subjetividad y obligan a crear nuevas cartografías de existencia, por ejemplo un proyecto político para un país.

Lula se aparta de la reducción del conocimiento del mundo por sus formas y representaciones y, al mismo tiempo, abandona la naturalización de la forma vigente y la jerarquía de valores sociales y de saberes que implica. En su discurso no hay más lamento resentido ni ataque vengativo: la subjetividad-lujo pierde íntegramente su poder de referencia. De ahí la serenidad de la presencia de Lula: nada que ver con estrategias de marketing para forjar una figura *light* de "paz y amor" que tranquilice a las elites, como quieren sus opositores. Es esta cualidad de su presencia lo que movilizó poco a poco una amplia adhesión de una parte significativa de la sociedad brasileña. Portadora de una potencia de contaminación en relación con un desvío de la política del deseo, la presencia de Lula autoriza ese desvío, lo propaga y lo lleva a la victoria. Evidentemente, no se trata de un proceso que comience con Lula, y aun si consideramos su figura como una fuerza importante en la genealogía de un dislocamiento histórico, éste no comienza con la última campaña electoral. Podemos destacar tres momentos, desde la primera candidatura de este protagonista de la escena política.



TRES LULAS

Desde la primera candidatura (para gobernador de San Pablo, en 1982) hasta la tercera candidatura para la presidencia de la república (en 1998), Lula funcionó para una pequeña parcela de la masa de subjetividad-basura (la parcela militante) como figura de identificación en relación con el afecto de resistencia –fuese en su versión víctima resentida o vengativa–. Pero la gran mayoría lo veía con desprecio: "sapo barbudo" es el nombre que le dieron por aquella época. Entonces, Lula fortalecía la aceptación pasiva y naturalizada del lugar de basura y, por lo tanto, del autodesprecio, que volvían impensable la quiebra de la jerarquía de valores según la cual los habitantes de la cloaca no tienen competencia para ocupar los puestos de gobierno del país. A partir de la campaña que le dio la victoria, se operó un real dislocamiento, que funcionó en dos tiempos, la primera y la segunda vuelta electorales. Ya en la primera vuelta, se pasa a aceptar que Lula dispute el lugar presidencial y a admirarlo por haber roto el cerco, pero la jerarquía de valores de los lugares sociales y los saberes que les corresponden se mantiene. El sentimiento de la mayoría es que "él es como nosotros", se admira que haya llegado "allá", pero se cree que precisamente el hecho de ser "como nosotros" no le permitirá beneficiarse del conocimiento necesario para gobernar, como se benefician los coroneles, los empresarios, los banqueros o los universitarios.

La lógica que sustenta este argumento es la del conocimiento del mundo exclusivamente como forma. En este modo de conocimiento, la forma dominante funciona como modelo, lo que hace que se incorpore como natural la jerarquía vigente de valores, según la cual saben más aquellos que pertenecen al aula glamourizada de la subjetividad-lujo (preferentemente si obtuvieron un doctorado o una maestría en una universidad bien calificada en el ranking de las más prestigiosas). Y fue ése exactamente el argumento que priorizó el principal adversario de Lula, José Serra, en su estrategia para seducir al electorado.

En la segunda vuelta, la fuerza de contaminación del modo de aparición de Lula desarticuló más radicalmente la escena política. El sentimiento de la mayoría era entonces que "él es como nosotros" y que, a pesar de todo, había conseguido perder el miedo a ser humillado en tanto subjetividad-basura, se había permitido un discurso inherente a las sensaciones que se producen en el encuentro vivo con la alteridad del mundo, y sabía su valor.

Esta política de subjetivación se propagó a todo el campo social: disolvió el miedo, comenzó a circular un discurso vivo y se puso en movimiento una inteligencia colectiva. A pesar de que el candidato adversario, en su desesperación ante la amenaza de fracaso, haya insistido agresivamente en el valor de la formación universitaria y en la movilización del miedo a ser gobernado por quien no tiene los conocimientos necesarios, esos argumentos perdieron poder de seducción.

Si consideramos que toda sociedad involucra políticas de deseo y de subjetividad, se puede comprender que estemos ante un pasaje irreversible de un mundo a otro, aun cuando haya (y con certeza habrá) muchas idas y vueltas.

Un momento histórico significativo, desde ya por la alegría de una victoria de la izquierda y especialmente de un candidato que reúne en sí mismo varias categorías de subjetividad-basura (de obrero metalúrgico a inmigrante nordestino que habita en la periferia de San Paulo, pasando por su dedo mutilado que alguna máquina se tragó en sus épocas de tornero mecánico y que, para completar, habla un portugués "viciado"). Pero éste es apenas el aspecto más visible y obvio de esta alegría, para no decir ingenuo y, todavía peor, peligroso, porque puede confundirse con esperanza –afecto triste que alimenta mesianismos, populismos y todas las especies de ideales de un mundo funcional, sin crueldad, sin resistencia y sin creación (o sea, un mundo sin vida).

Vital es también, por lo tanto, la alegría por la posibilidad del vaciamiento del inconsciente colonial-esclavócrata-dictatorial-capitalista que mantiene a la gran mayoría de los brasileños presos de una jerarquía que los fija en la posición de subjetividad-basura, víctimas de un supuesto destino trascendental. Si en este momento el mundo pone sus ojos en Brasil es porque la disolución de la figura de la víctima habla de una necesidad que va más allá del escenario nacional: haber encarnado esta figura es un vicio secular de la izquierda. La fórmula que el acontecimiento Lula propone para el tratamiento de este vicio nefasto consiste en encarar la crueldad inherente a la vida, liberando a la potencia de creación de su captura, y a la potencia de resistencia de su interpretación en una matriz dialéctica. Se abre a la posibilidad de una política de deseo en la que resistencia y creación se reencuentren, favoreciendo la vida en su proceso infinito de diferenciación, proceso difícil pero de una inmensa generosidad. ¿No será exactamente eso la tan esperada "apertura" que, desde los años de la dictadura militar, los brasileños llamaron democrática? ✍

Trad. D. L.

EL SOBERANO Y EL VERDUGO

POR RAÚL ANTELO

¿Existe un afuera del poder? Suely Rolnik cree que sí, que el "acontecimiento Lula" vacía la creencia en la perversa jerarquía del poder ya que Lula encarnaría la disolución de la subjetividad-basura y del papel ancestral de víctima, función asociada a una política de la crueldad, con que se habría disciplinado a "lo popular" en la sociedad brasileña.

Afirmar un afuera del poder, un orden no sometido al poder verdugo, es todavía apostar a una ruptura trascendente, tal como las vanguardias –las violencias– del siglo XX no se cansaron de ensayar repetidamente. Sin embargo, toda una corriente de pensadores, disidentes en relación a las rupturas, comenzó a teorizar el carácter cíclico del poder. Hans Mayer, Frazer, Georges Bataille y, aquí mismo, Roger Caillois, supieron ver en el verdugo la contracara del soberano, a través de la secreta afinidad que une a quien más se venera y a quien más se desprecia.

En efecto, el verdugo es un fuera de la ley, alguien al que la ley "le perdona la vida", del mismo modo que el soberano está también más allá de la vida común de las personas. No obstante su proximidad de la masa, ambos guardan, sin embargo, una discreta distancia en relación a lo normal. Uno en el esplendor y la admiración, otro en las sombras y la repugnancia, ejercen ambos, cada uno a su modo, funciones cardinales y simétricas en la sociedad de masas.

Muchas veces el verdugo pasa por Brujo, pero no es menos mágica la relación que une al soberano con su pueblo. La vida de los hombres está en manos de ambos, decía Caillois en las vísperas de la guerra; por consiguiente no es extraño que sean objeto de sentimientos de horror o de veneración cuya naturaleza sagrada se advierte claramente. De esa constatación parte más tarde Giorgio Agamben para aludir a la fractura biopolítica de las sociedades occidentales: no poder incluir simbólicamente aquello que ya está incluido en su contingencia histórica. A esa parte maldita, producida por una inclusión excluyente, la llamamos "lo popular".

Para entender y no idealizar el acontecimiento Lula, creo que es necesario partir de la base de que aquello que separa lo alto de lo bajo, lo humano de lo animal, el lujo de la basura, es una frontera móvil porque sin esta cesura interna la tarea misma de aislar un acontecimiento no sería posible. Es porque, históricamente, el lujo ha sido separado de la basura, o bien porque lo animal ha sido abstraído del hombre, que toda una economía y una representación de lo humano, y del "humanismo", fueron posibles. Es lo que Sloterdijk reitera a la saciedad. En nuestra cultura, argumenta Agamben en su último libro, *Lo abierto* (2002), lo humano ha sido siempre pensado como articulación y conjunción de un cuerpo y un alma, de pulsión y discurso, de lo natural y lo sobrenatural. El desafío hoy no es por tanto pensar el misterio metafísico de la conjunción sino el misterio práctico y político de la separación porque, al fin de cuentas, el hombre no es otra cosa sino el resultado de infinitos cortes y separaciones.

Aceptada esta hipótesis, hasta la esfera sagrada de lo sobrenatural depende de algún modo del campo enigmático y primordial que nos une a lo animal. No aceptarla implica redundar en el misterio metafísico y recubrir el acontecimiento del aura de lo sagrado.

El acontecimiento Lula no ocurre en una sociedad tradicional y territorial. No ocurre en una patria, ese fragmento de territorio significado por una elite de manera compensatoria. Ni siquiera se da en una nación, ese aglomerado de heterogeneidades de masa que justamente despertaron el interés de los nietzscheanos del '30 porque representaban el mundo por venir. El acontecimiento Lula se da en una videoesfera saturada de imágenes y, en sintonía con esa lógica, el valor de la imagen se disipa tan rápidamente como se cristaliza. En cuarenta días de gobierno, la frontera de la vida ha pasado a ocupar el centro de la escena. Pero de un modo inusitado para la lectura de Rolnik. Al postular una reforma administrativa y previsional, el gobierno de Lula no duda en apelar a naturalizaciones de lo humano. De continuar con este sistema de contribuciones –martillean los medios, haciéndose eco de los gobernantes– los jóvenes no podrán jubilarse o lo harán por cantidades irrisorias: es necesario crear fondos de pensión y someter a los jubilados a contribuciones impositivas. La sociedad se transforma así, mágicamente, en una cisterna –si no recogemos hoy, faltará mañana– cuando en realidad la pregunta que debiera hacerse es para dónde se drena (se sigue drenando) el agua que merma. Cuestiones como ésa atañen también, y fundamentalmente, al lujo de lo humano y a la basura de las bestias. No plantearlas significa acatar, animalmente, la servidumbre voluntaria. ✍

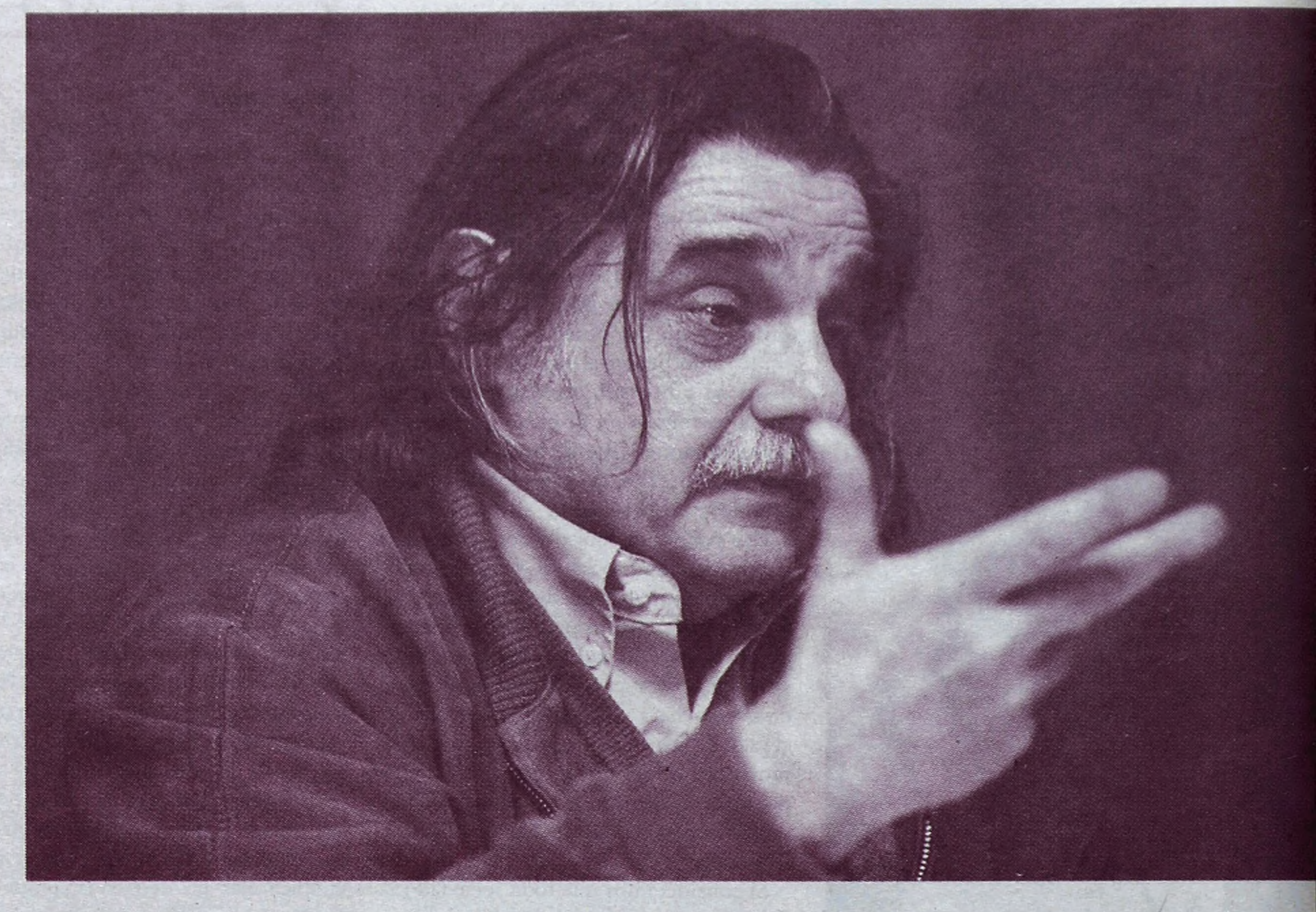
QUIÉN ES QUIÉN

Suely Rolnik es psicoanalista y profesora en la Universidad Católica de San Pablo, donde dirige el Centro de Investigaciones en Subjetividad y el programa de doctorado en Psicología Clínica. Ha publicado una larga lista de artículos y libros. En colaboración con Félix Guattari, de quien se reconoce discípula y amiga, *Micropolítica. Cartografías del deseo* (1986), que va ya por su sexta edición. Ha participado de la monumental traducción al portugués de *Mil mesetas* y ha firmado también la traducción de *Lógica de la sensación* de Gilles Deleuze. Acostumbrada a reflexionar sobre arte, participó en la X edición de la muestra Documenta de Kassel. El argentino Raúl Antelo reside en Brasil desde hace más de veinte años. Realizó su doctorado en la Universidad del Estado de San Pablo bajo la tutela de Antonio Candido. Actualmente dicta cursos de Teoría Literaria y Literatura Portuguesa en la Universidad Federal de Santa Catarina. Entre sus innumerables publicaciones se pueden destacar la edición crítica de la poesía de Oliverio Girondo para la colección Archivos y *Modernidad y transgresión*. Ha presidido la Asociación Brasileña de Literaturas Comparadas y actualmente integra como único miembro latinoamericano la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos. Colabora regularmente con *Radarlibros*.

CUIDADO CON EL PRECIPICIO

RETÓRICA Y LOCURA
Horacio González

Colihue
Buenos Aires, 2002
158 págs.



POR RUBÉN H. RÍOS

¿La historia no es más que la historia de la locura? ¿Cuánto hay de locura en el lenguaje y de éste en aquélla? ¿Debemos buscar el sentido de la política en la locura de la historia, el sentido de la locura en la política? ¿Se ejercen la literatura y la filosofía sobre un fondo de locura y horror? ¿Cuánto hay de loco, de enloquecido, de enloquecedor, en el terror, y de terrorífico, de demoníaco, en la locura? ¿Cuándo y cómo el desvarío comienza a hablar y el decir, el pensar, se vuelve un enloquecimiento?

Éstas y otras preguntas, cuyas respuestas (si lo son) relumbran un instante y después se apagan melancólicamente, ya dejaban unas huellas extrañas en *Arlt, política y locura* (1996) de Horacio González –quizá, casi, su mejor libro–. Ahora, en su última obra, locura y política, locura y lenguaje, no sólo desatan una nube de interrogantes acerca de esos tópicos, sino también sobre la cultura argentina.

Retórica y locura reescribe cuatro conferencias pronunciadas en la Universidad de París VIII ante un auditorio cosmopolita, otra en la Universidad de San Pablo a la vuelta, y lo hace también –juego de reescrituras– con los textos argentinos y franceses que relee, hace significar, yuxtapone o desliza, interpreta o retuerce, para que digan aquello que los signos no dicen o desdicen.

Un reescribir barroco y voluptuoso como un artefacto que lee y escribe a la vez y reescribe sobre otras reescrituras textos que remiten a otros textos, escritos que nunca terminan de escribirse. Estas delicias de polígrafo, de exegeta depravado, de lector obsedido por lo que el lenguaje calla, hacen bailar a Ramos Mejía (visitado otra vez por González) y Paul Groussac, a Esteban Echeverría y Pierre Leroux, a José Ingenieros y Jean Paul Sartre, la danza loca de una retórica agujereada justo donde debería anudarse con el sujeto que la enuncia.

Textos tensionados entre la autonomía y la traición, entre la autorreferencia y el plagio, entre pulsiones descabelladas y rígidos campos discursivos e institucionales. De la historia shakespeareana como un relato lleno de ruido y de furia al lenguaje que habla de esa locura, del *Facundo* a *Operación Masacre*, del *Manifiesto Comunista* a Bataille, de la psiquiatría lombrosiana a Foucault, de Groussac a Borges, del *Dogma socialista* a Martínez Estrada, de Buenos Aires a París (o la inversa), más que convergencias o sinuosidades, fluye un sentido demasiado rápido o demasiado lento, algo que implota por doquier en los escritos, en los libros de la tradición argentina, que huye de la literalidad y hace posible –por imposibilidad– la máquina vagabunda y vibrante de *Retórica y locura* interpelando a la historia en su locura de decir, de no poder decirlo todo de una vez.

Compendio y, a su manera, resumen de los monumentos y las reliquias de la cultura argentina que Horacio González vien asediando, por lo menos, desde *El filósof cesante* (1995), sobre Macedonio Fernán dez, dedica a éste el único tramo del libr desde el cual echar un vistazo al ser de la lo cura o a la locura del ser sobre el que des cansa o se abisma. Tragedia, puesta en sus penso, hundimiento del sentido de la polí tica, del lenguaje y del pensamiento en l escritura ciega de Macedonio, en el absur do y la quimera del mundo. Ahí, en l ironía de una palabra sin contexto y d una ontología sin objeto, sin sujeto, es don de se precipita el autor como el nombre de que habla en nombre de lo no dicho.

AUTOBOMBO

RECUERDOS DE LA VIDA LITERARIA
Manuel Gálvez

Taurus
Buenos Aires, 2002
750 págs.

POR ARIEL SCHETTINI

Salvo por dos o tres novelas (*El mal metafísico, El diario de Gabriel Quiroga, Nacha Regules, La maestra normal* y alguna otra), la voluminosa obra de Manuel Gálvez carece de interés para un lector moderno. Aun así no hay nada en su obra que no sea de importancia para quien está interesado en el itinerario de la literatura argentina, porque su presencia es fundamental.

Gálvez era en las décadas del veinte, treinta y cuarenta, un escritor moderno. Su impecable prosa y su populismo literario lo convirtieron en uno de los primeros *best-sellers* del país. Y esa popularidad lo convirtió, como suele ocurrir con los escritores argentinos, en un intelectual que marcaba normas de conducta, patrones de acción, políticas sociales, etcétera.

La modernidad lo llevaba, también, a incorporar casi de modo inmediato los nuevos rasgos de la vida cotidiana (de Buenos Aires sobre todo). De modo que toda su obra tiene un valor que excede lo literario: es también una cantera infinita de los rituales, los modales, los modos de acción y los nuevos usos de la vida cotidiana en la primera mitad del siglo XX. Su obra incluye una cantidad de "tipos" sociales y de formas de acción tan arraigadas en su época que leerlo tiene el efecto de revisar viejos álbumes de fotografía familiares.

Probablemente ésa no era su intención. Contra el naturalismo decimonónico de Emile Zola, Gálvez reivindicaba un modo de representación más cercano al de Flaubert que, alejándose de la tipología social, pretendía formas estéticas puras. Aun así, el personaje como "ejemplo", todas las formas de la justicia poética, y la moralización e ideologización a partir de las relaciones permean sus novelas como si se tratara de manuales. Sus novelas históricas y biografías combinan también la historiografía con la prédica tan de moda en la época.

Contra los escritores vanguardistas, librepensadores, ateos y *camp*, Gálvez sostuvo todos los ideales conservadores de cada época: la familia como valor, la educación como pilar fundante de la sociedad, el catolicismo recalcitrante de las convicciones, en una época en que ser escritor significaba, sobre todo, oponerse a las normas, quebrar las mentalidades "burguesas", desafiar a los lectores con lo imprevisto estética y moralmente.

Hay muy pocos escritores que logran encontrar esa textura por la cual un producto completamente literario nos da la sensación de que estamos leyendo una novela de actualidad (quizás el mejor discípulo de Gálvez en el presente, provocando un efecto casi completamente opuesto, sea Fogwill).

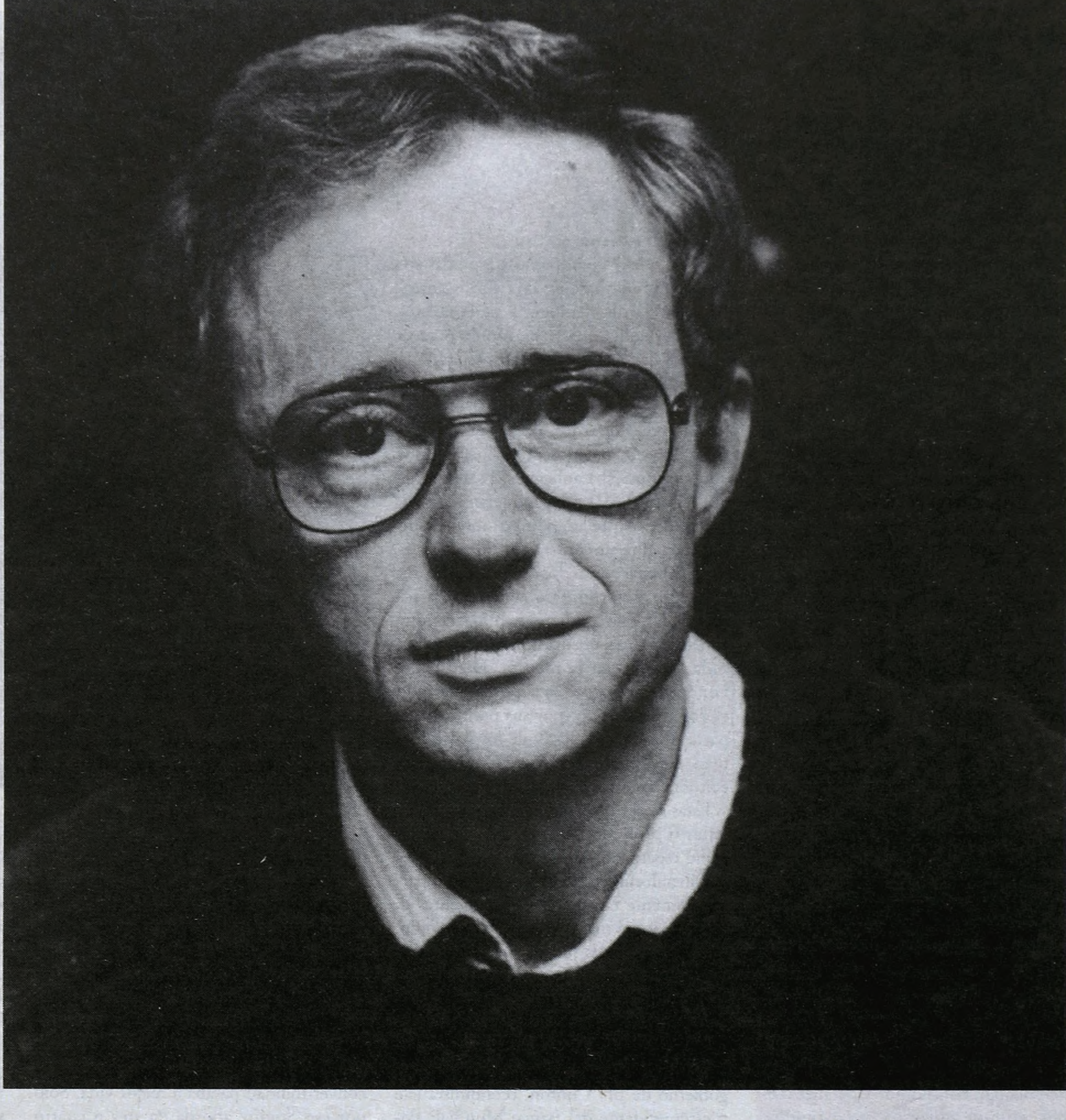
La obra de Gálvez excede la literatura, porque fue el creador de las primeras formas de asociación gremial de escritores. Organizó una cooperativa para publicar las grandes obras nacionales. Y su voluntad gregaria y social lo convirtió en un polemista profesional. Tal como cuenta en estas memorias, no perdió oportunidad de salir a defender su obra (sus personajes, su estilo) una vez publicada. Toda apreciación y juicio (cuando no era la simple celebración) le parecía equivocada y usaba todos los medios necesarios para sacar a sus contendiente del error. Contra Lugones, por su recha zo al modo en que retrató a los docente argentinos en *La maestra normal.* Contr los jóvenes vanguardistas, por la falta d respeto con la que tratan a los mayores.. Su propósito era magnífico y su autoesti ma incólume. Gálvez no pierde oportu nidad en sus *Recuerdos de la vida literari* de relatarnos su ascendente carrera haci el éxito, colmada de alabanzas, elogios premios, y condecoraciones. Pero tam bién narra con honestidad la "cocina" d su escritura, el vínculo con los maestros el modo en que aprendió y aplicó técni cas y métodos de sus escritores admira dos: Flaubert, Dickens, Maupassant Dostoievky, Tolstoi...

El prólogo de estos dos primeros tomo de *Recuerdos de la vida literaria* (que apa recen en conjunto) fue escrito por Beatri Sarlo, quien durante años enseñó en su cátedra de la Facultad de Filosofía y Le tras hasta qué punto la obra de Gálve ocupaba un lugar central en la primer mitad del siglo XX, sitúa al autor en va rias dimensiones, como novelista e histo riador, como gremialista y católico, com fascista y peronista.

QUÉ TIEMPOS, AQUÉLLOS

EL LIBRO DE LA GRAMÁTICA INTERNA
David Grossman

Trad. Ana María Bejarano y Jordi Font
Tusquets
Barcelona, 2002
410 págs.



POR MAX GURIAN

Aharon Kleinfeld observa a sus padres desde el ventanal de un departamento ajeno, y el cambio de perspectiva no es suficiente para desarticular la íntima red mítica que lo ata a la infancia. Durante tres años su cuerpo se niega a crecer, padece un estreñimiento sobrevalorado y asiste con estupor al fluir hormonal de sus amigos Tsaji y Guidon. Destronado como líder de correrías, Aharon deja de ser un igual para sus coetáneos, y se ve relegado al rol de mascota inoportuna, fósil de un pasado común que nadie añora.

El libro de la gramática interna del israelí David Grossman pone en escena una historia antigua, un empecinamiento siempre renovado y sufrido, generación tras generación: el traumático pasaje a la adolescencia. Idealizada la infancia como etapa de prístina pureza, en la mente de Aharon las restantes edades del hombre se tiñen de inmoralidad; la impostura corroe los lazos sociales y afectivos; los deseos y las ambiciones particulares disgregan todo espíritu de camaradería. En una Jerusalén alerta ante la inminencia de la Guerra de los Seis Días, Aharon resiste los embates del mundo adulto. Lejos de interesarse en las discusiones de la juventud sionista, fabula intrincadísimas historias de espías, reservando para sí el protagonismo perdido y ansiado. Pero irrumpe la sexualidad, y ese despertar tan codificado que se renueva, único, con la experiencia personal, lo expulsa del soliloquio, lo torna partícipe del prosaísmo de la existencia humana. El primer desengaño amoroso aflojará sus nudos glandulares.

Apelando al catálogo modernista, Grossman plasma, con notable pericia técnica, el devaneo interior de Aharon y el conjunto de voces que atraviesa el plano de su conciencia. La novela despliega un universo mental complejo, de vivas contradicciones, y evita maniqueísmos y estereotipos en el dibujo de los personajes. En la figura de Aharon, como lo había hecho a su vez en las peregrinaciones ético-literarias de Momik, el chico encandilado por los relatos de su abuelo escritor en *Véase: amor*, Grossman traza el retrato del artista impúber.

Sensible a los avatares de la lengua, Aharon paladea cada palabra nueva que descubre. Juega con los sonidos, encastra letra con letra como piezas del Meccano y arma series que delinean, poco a poco, silabeando, el propio lenguaje, el abc de su identidad. Su gramática interna está signada por la fascinación que le provoca el gerundio del inglés, verboide ausente en su hebreo nativo. El hallazgo de este puente entre tiempos estancos, le permite cruzar el hiato que lo separa de su imagen adulta. Emulando a su idolatrado Houdini, Aharon sortea las trampas de la maduración, los cambios de su cuerpo y en su entorno, y emerge de una prolongada hibernación. Quedan en el camino un perro imaginario, la crueldad de los prejuicios familiares, ilusiones de cuaderno para colorear. Crecer, señala Grossman, es y será una tarea ardua, tan difícil como vislumbrar en soledad el desconcertante proceso de estar "creciending".

SIDRA EN EL TORTONI

Conversaciones, recuerdos, lecturas y otras trivialidades literarias.

Fruición de obedecer, gozo en la sumisión... Largo tiempo diagnosticados por nuestros difuntos ideólogos del siglo XX como atributos de la "derecha", estas pulsiones colectivas que Stalin y Mao administraron no menos sagazmente que Hitler o Mussolini, son viejas conocidas del desierto criollo. No es necesario remontarse hasta la peonada feliz, agachada ante el patroncito rubio y veleidoso que se proclamaba Restaurador. Aun velado por metáforas transparentes, *le bonheur dans l'esclavage* nunca estuvo demasiado lejos de nosotros.

En 1918, el día en que asumió el mando Hipólito Yrigoyen, sus fieles desengancharon los caballos de la carroza presidencial y tomaron su lugar para pasear al flamante ejecutivo. Entre los testigos del episodio se hallaba Benigno Ocampo, gentleman, gourmet, literato, amateur de arte, secretario privado de Nicolás Avellaneda. Ese día llegó descompuesto al Jockey Club y relató a sus amigos el insólito espectáculo. Su único comentario: "Cosas de carnaval de negros..."

La anécdota está registrada por Pilar de Lusarreta en su perenne *Cuatro dandys porteños*. Debo confesar que, poco populista como soy, y aún menos nostálgico de nuestros caudillos, la frase me pareció, desde mi primera lectura juvenil, elocuente como arqueología social y más bien "incorrecta" fuera de su fecha de elocución. Hoy la siento como un predicado de ese personaje irrepetible que fue Benigno Ocampo. Según Lusarreta, la primera vez que leyó en un anuncio la palabra "churro", Ocampo necesitó que le explicaran que se trataba de una especie de *cake* para comer con el chocolate.

El tiempo, es sabido, corrige la perspectiva. ¿Sabe algún joven porteño de hoy, cualquiera sea su contexto social, qué es un churro? Hacia 1960, recuerdo, aún subsistían en los cafés más castizos de la Avenida de Mayo. ¿Hay alguien, hoy, que no prefiriera ver en Plaza de Mayo un auténtico carnaval de negros –no su metáfora política– antes que una manifestación desesperada, como por ejemplo la que expulsó al último presidente de un partido suicidado?

Tal vez sea sólo la ausencia de "masters" verosímiles, entre tanto postulante grotesco, lo que nos esté librando de los arrebatos de nuevos esclavos entusiastas... "Una civilización se extingue cuando hasta los bárbaros huyen de ella" (Karl Kraus).

EDGARDO COZARINSKY

INFANTILES

La colección de cuatro libros infantiles que acaba de publicar Alejandra Medina para ediciones Salo con ilustraciones de Carolina Durán, tienen un cierto aire surrealista, mezclado con elementos del cuento infantil tradicional. *El misterio de las cosas perdidas* es la historia de una casa en la que se pierde todo, desde el alicate hasta el gato y no tiene resolución lógica. El cuento *Florencia viajando por el mundo*, en cambio, recurre al truco convencional de resolver los viajes fantásticos de una niña con el remate "todo fue un sueño". *Florencia...* es el más flojo de los relatos, porque Medina decide dar una resolución predecible con referencia a otros cuentos (*Simbad el Marino*, por ejemplo) y no puede evitar el lugar común. *Los regalos de Roberto* tiene como protagonista a un niño que, a punto de dormirse días antes de Navidad, imagina los obsequios para su familia y amigos que nunca podrá comprar; la enumeración/ensoñación de Roberto es sensible pero algo convencional. Pero en *El día en que el sol retrocedió*, con dos amigos que ven en el cielo a una niña vestida de algodón que hace rebotar al sol sobre el pueblo, la colección vuelve a repuntar con un relato fantástico y encantador.

En los cuentos más ambiguos e imaginativos, cuando Medina se aleja de lo didáctico para entrar en terrenos más libres, el aspecto surrealista funciona como efecto equilibrador de otra convención: salvo *El día...*, sus relatos son protagonizados por familias extendidas, como si un chico no pudiera tener un mundo propio fuera del hogar. Por eso *El día...*, protagonizado por dos niños que miran caer el sol desde un muelle, sin recurrir ni mencionar a madres, padres y sobrinos auxiliares, es el que más se aleja del imaginario familiar.

Las ilustraciones funcionan como láminas sobre las que se apoya el texto, y lo acompañan con humor y detalles cuidados, aunque quizá un poco rígidos. Los cuatro relatos aparecen dentro de la colección *Primeras Lecturas*, y por sus características visuales y narrativas se tratan precisamente de eso, de narraciones para chicos que recién aprenden a leer o que aún no saben hacerlo.

MARIANA ENRIQUEZ

FMI, FUERA DE AQUÍ

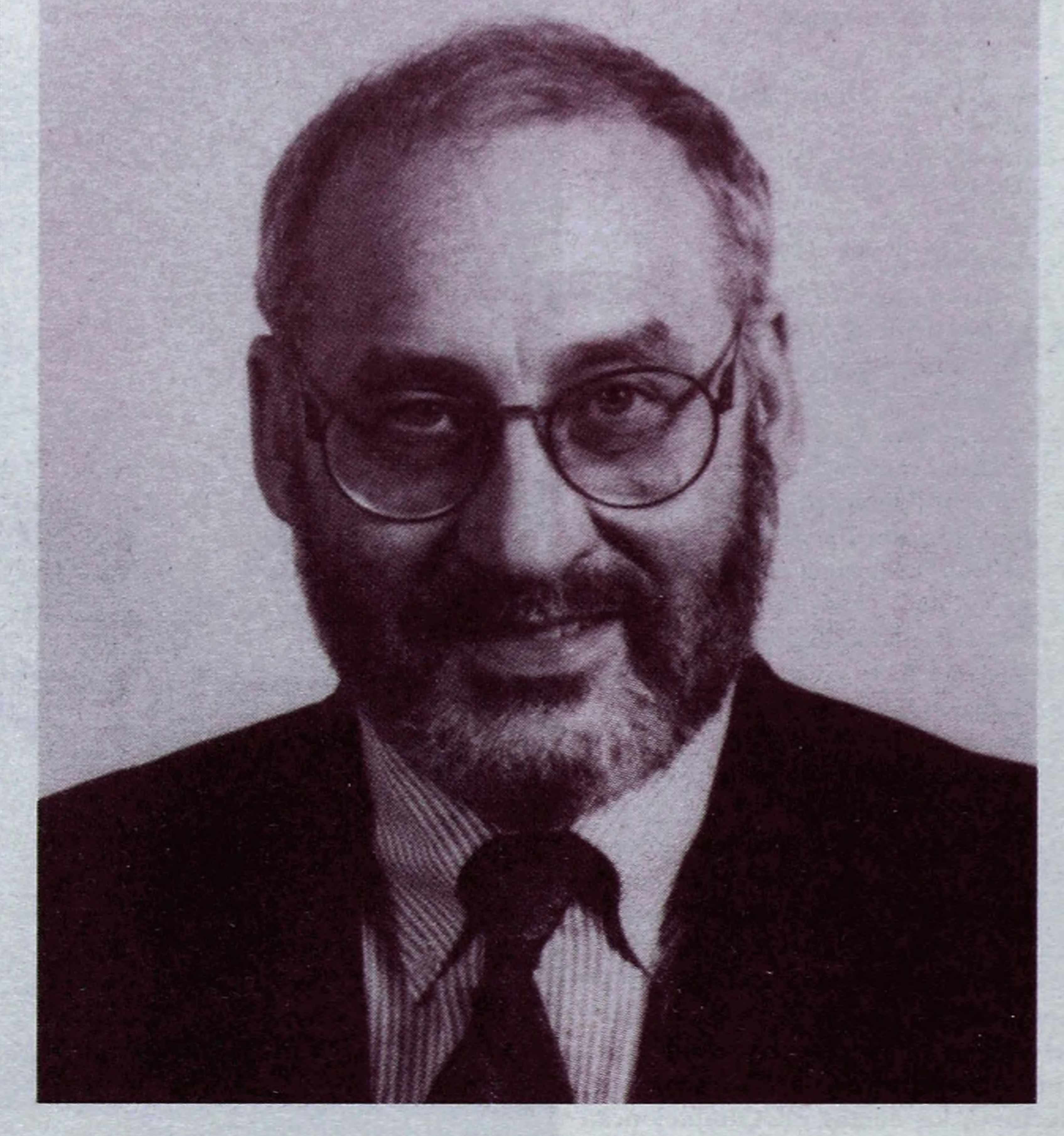
EL MALESTAR EN LA GLOBALIZACIÓN
Joseph E. Stiglitz

trad. Carlos Rodríguez Braun
Taurus
Buenos Aires, 2002
348 págs.

POR SERGIO MORENO

"Las decisiones eran adoptadas sobre la base de una curiosa mezcla de ideología y mala economía, un dogma que en ocasiones parecía apenas velar intereses creados. Cuando la crisis golpeó, el FMI prescribió soluciones viejas, inadecuadas aunque estándares, sin considerar los efectos que ejercerían sobre los pueblos de los países a los que se aconsejaba aplicarlas. Estas actitudes (las del FMI) me producían rechazo, no sólo porque eran mediocres, sino también por su carácter antidemocrático... Muchas veces los beneficios se repartieron desproporcionadamente a favor de los más pudientes, mientras que los más pobres en ocasiones se hundían cada vez más en la miseria. Dentro del Fondo simplemente se suponía que todo el dolor provocado (por sus políticas) era parte necesaria de algo que los países debían experimentar para llegar a ser una exitosa economía de mercado."

Estas frases bien podrían haber sido escritas o pronunciadas por cualquier dirigente espantado por las consecuencias del neoliberalismo en la economía global, particularmente en los países emergentes o, eufemismos al margen, del Tercer Mundo. En este caso, esos juicios fueron pronunciados por un representante cabal del *establishment* económico del Primer Mundo. ¿Cómo llamar si no a un intelectual que fuera, además de profesor de la Universidad de Columbia, asesor económico del gobierno de Bill Clinton, economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial? Podemos decir que Joseph Stiglitz –de él se trata–, Premio Nobel de Economía 2001, autor de las líneas que abren esta reseña, conoce al monstruo desde sus entrañas. Y describe cada una de ellas en un trabajo exhaustivo e imprescindible que dio en llamar *El malestar en la globalización*.



En éste, su más reciente libro, aborda quirúrgicamente las crisis más severas que azotaron al mundo en la década de los '90, poniendo especial énfasis en los *cracs* producidos en el sudeste asiático en 1997, en Rusia, un año después, y en algún que otro país del Africa. Cuando este libro entró en imprenta, la Argentina estallaba en mil pedazos, Fernando de la Rúa huía por los techos de la Casa Rosada en el helicóptero presidencial, y la convertibilidad pasaba a mejor vida. Sólo por eso Stiglitz aborda en tres o cuatro oportunidades la crisis argentina y, si bien no la desmenuza como un entomólogo, tal como lo hace con la crisis rusa o asiática, colorea los principales males criollos dando a entender, con precisión envidiable, lo que iría a pasar en nuestro país.

El análisis de las crisis de marras sirve como trabajo de campo para desarrollar la esencia de *El malestar en la globalización*, que no es otra que destacar la ineficiencia e inutilidad del Fondo Monetario Internacional para cumplir la tarea para la cual fue creado e imaginado por su demiurgo, el economista John Maynard Keynes, a partir de los acuerdos de Bretton Woods (esto es: evitar que los países entren en colapsos económicos que produzcan *cracs* domésticos o, en el peor de los casos, globales, tal como el de 1929). "En su concepción original", cuenta Stiglitz, "el FMI se basó en el reconocimiento de que los mercados a menudo no funcionaban... Ahora (el Fondo) proclama la supremacía del mercado con fervor ideológico... Keynes se revolvería en su tumba si supiese lo que ha sucedido con su criatura". Stiglitz sostiene que la globalización –una buena idea devastadoramente implementada– pudo haber traído más beneficios que pesares a no ser por el dogmatismo mercantilista del FMI, del Departamento del Tesoro norteamericano y de otras instituciones supranacionales como la Organización Mundial del Comercio (OMC). Estos organismos, obviamente con la connivencia de los gobiernos de turno, fueron los encargados de establecer las bases del Consenso de Washington, una serie de reglas a ser aplicadas en Latinoamérica para salir de los endémicos procesos devaluacionistas que caracterizaron a la región en la década del 80. La austeridad fiscal, las privatizaciones y la liberalización de los mercados fueron los tres pilares que había que erigir, según estipuló el Consenso. "El problema radicó en que muchas de esas políticas se transformaron en fines en sí mismas, más que en medios para un crecimiento equitativo y sostenible", asegura el Premio Nobel de Economía.

El malestar en la globalización es un escrito fundamental para entender por qué el FMI está incapacitado para resolver las crisis de los países del Tercer Mundo –ningún país desarrollado con problemas aplica sus políticas, tal como hoy puede verificarse en el caso de los Estados Unidos–, qué es lo que hizo mal en cada una de las crisis, a qué intereses responde y los motivos que tiene para ser el brazo ejecutor del capital financiero internacional (Wall Street). Stiglitz tiene la capacidad de contar todo esto –sostenido además en sus experiencias personales–, explicando la macroeconomía global en forma más que asequible para el neófito o el diletante.

La mirada de este brillante intelectual excede largamente los tecnicismos, ya que demuestra comprender claramente los problemas políticos de las naciones en desarrollo y por qué las mismas acceden a las draconianas y perniciosas políticas del FMI. "Los países en desarrollo", sostiene a modo de epílogo, "necesitan Estados eficaces, con un Poder Judicial fuerte e independiente, responsabilidad democrática, apertura y transparencia, y quedar libres de la corrupción que ha asfixiado la eficiencia del sector público y el crecimiento del privado". El lector sabrá comparar esta afirmación con el debe y el haber de la Argentina.

LA PATRIA PERONISSTA



LA AUTÉNTICA ODESSA. LA FUGA NAZI A LA ARGENTINA DE PERÓN
Uki Goñi

Paidós
Buenos Aires, 2002
428 págs.

POR DANIEL MUNDO

Hay libros cuyo destino sería hacer tambalear los cimientos de un país: lo que enuncian es de tal envergadura que el mismo núcleo secreto del poder se tendría que sentir amenazado. Pero por lo general estos libros no tienen la suerte que merecen: en vez de ser un terremoto son, a lo sumo, una de esas tormentas de verano que horrorizan a los veraneantes, pero que a la mañana siguiente, cuando el sol recalienta la arena y hace insoportable la playa, ya se ha olvidado. A esta clase de libros pertenece el de Uki Goñi, *La auténtica Odessa. La fuga nazi a la Argentina de Perón*.

El término Odessa proviene de *Organisation der chemaligen SS-Angehörigen* (Organización de ex miembros de las SS), un término inventado a comienzos de la década del 70 por un escritor inglés. Goñi plantea que la Argentina fue el territorio real donde esa secta apócrifa se instaló. Durante los últimos años de su gobierno, Perón, como un alquimista prolijo, se encargó de quemar la documentación que lo implicaba en la fuga de los jerarcas nazis. Pero una destrucción nunca es total. Goñi asevera que en las oficinas de Inmigraciones se encontraban documentos comprometedores, que habían sobrevivido a esa primera purga. Estos documentos fueron quemados cuarenta años más tarde, durante el último gobierno de Menem. Nadie, por supuesto, fue castigado por esta destrucción, avalada posiblemente desde el mismo gobierno. Lo significativo aquí es que esta destrucción no atañe sólo a la historia de nuestro país, hecha de borramientos y desapariciones, sino que confirma la manera que encontró la Argentina para enlazarse en la siniestra historia del siglo XX. La Argentina como laboratorio de prueba, como asilo de criminales, como punto de fuga de la imaginación política. Lugar real y a la vez imposible.

Que Adolf Eichmann, Erich Priebke, Josef Mengele, entre otros, vivieron una gran parte de su infame vida en Argentina, no es un dato casual: este solo hecho bastaría para demostrar que la Argentina era un territorio adecuado como refugio para los nazis. Lo que prueba Goñi es la connivencia argentina con este proyecto. Perón creó oficinas camufladas en distintos puntos de Europa, cuya principal misión era garantizar una ruta de escape para los nazis que habían huido de la Justicia. Suiza, los países nórdicos, Berna, Nápoles fueron los caminos por los que se escaparon, utilizando a veces documentos con nombres falsos, y otras veces usando documentos a su propio nombre expedidos por el Estado argentino.

No se trataría tan sólo de una simpatía ideológica, aunque ésta, obviamente, era imprescindible. En una entrevista a la que Goñi tuvo acceso, realizada durante los últimos años de su exilio en España, Perón declaró que "en Nuremberg se estaba realizando algo que yo juzgaba como una infamia y como una funesta lección para el futuro de la humanidad". Lo valioso de la investigación de Goñi es que no se detiene en las influencias ideológicas que el régimen nazi y la política fascista tuvieron en el primer mandato de Perón, tema del que ya se ha hablado y discutido mucho. Lo que muestra Goñi es la participación efectiva que tuvieron simpatizantes y actores del nazismo en la estructura de poder del gobierno peronista. *La Argentina de Perón*, reza el subtítulo del libro, poblado de fantasmas, de nombres sin cuerpo, un país soñado y planificado por el General, de cuyas ideas se nutriría aún hoy nuestro subconsciente. Las pruebas que esgrime Goñi para constatar la materialidad de estas ideas tal vez no siempre sean solventes (hay que tener en cuenta que de lo que se ocupa ocurre en las sombras y en secreto), pero son verosímiles. Y la verosimilitud es importante en un relato de historia. Pero no alcanza. Goñi sostiene, por un lado, que la Argentina "ha fallado en la prueba de mirarse al espejo", lo que significa que no sabe cómo hacerse cargo de su pasado, cómo experimentar su historia. Todo argentino, sea de izquierda, revolucionario, peronista o conservador, repudia el pasado, o lo reescribe a su conveniencia. En última instancia, las imágenes que ha inventado lo fascinan. El mismo comentario podría achacársele al libro de Goñi, y al género periodístico al que pertenece: no se presenta como una interpretación de la realidad, se propone suplirla, aboliendo los matices y las ambigüedades que tejen la inaprensible tela de lo real.

LAS BELLAS BANDERAS

La Asociación Internacional Poetas contra la Guerra convoca a un día internacional de "poesía contra la guerra" para el próximo miércoles 5 de marzo. La idea es que los poetas planifiquen ese día lecturas o discusiones de poesía como acompañamiento de la entrega al Congreso de los Estados Unidos de la mayor antología monotemática alguna vez compilada, con diez mil poemas y declaraciones. Para mayores informaciones y para donaciones contactarse con donate@poetsagainstthewar.org.

NOTICIAS DEL MUNDO

NI CORRECCIÓN POLÍTICA NOS QUEDA

Los estudiantes del condado de Escambia, en Florida (EE.UU.) ya pueden leer sin problemas el clásico de Mark Twain *Las aventuras de Huckleberry Finn*, después de que la Junta escolar del sector así lo decidiera. El libro había sido retirado del currículo educativo a causa de una queja de un padre sobre su "intolerable racismo". La saga *Harry Potter* había sufrido un proceso similar en el condado de Duval, también en Florida, por la queja (justa, hay que aclarar) de que sus contenidos suponen una apología de la brujería. Es lamentable que así sea, pero la saga de Rowling seguirá enseñándose en los colegios de todo el mundo (incluso en Argentina), para beneplácito de los administradores de su *copyright*.

TALLER VIRTUAL

Se encuentra abierta la inscripción al taller de narrativa breve que comenzará a funcionar a mediados de marzo, coordinado por Jorge Pinedo y por inciativa del sitio www.vivilibros.com. El taller funcionará exclusivamente por correo electrónico, a través del cual circularán los borradores y las observaciones de los participantes hispanoparlantes inscriptos. Para mayores informes escribir a info@vivilibros.com.

DURO DE ROER

Después de una larga agonía, durante la cual tuvo que luchar con seis tipos de cáncer diferentes, murió el domingo pasado en Nueva York el sociólogo Robert K. Merton, cuya obra marcó la sociología estadounidense del siglo XX, conocida por su conservadurismo y su afán de neutralidad política. Merton había nacido en Filadelfia el 4 de julio de 1910 con el nombre de Meyer R. Scholnick, que había cambiado por el de Robert Merlin cuando fue mago de fiestas infantiles y que finalmente transformó en su marca definitiva al ingresar en la universidad de Temple. Merton tuvo tres hijos, uno de los cuales, Robert, recibió el Premio Nobel de Economía en 1997. Autor de numerosos libros, entre ellos *Estructura social y anomia* y *Teoría y estructuras sociales*, Merton transcurrió la mayor parte de su vida profesional en la Universidad de Columbia (Nueva York). Fue presidente de la Asociación de Sociólogos de Estados Unidos en 1957.

ROCK & POP

El escritor mexicano Xavier Velasco ganó el VI Premio Internacional Alfaguara de Novela, dotado con 175.000 dólares, por su novela *Diablo guardián*. Velasco, de 44 años, trabajó como crítico de rock y a principios de los noventa publicó la biografía musical *Una banda nombrada Caifanes*. Poco después publicó por entregas *Los hijos de Ziggy Stardust*, una novela en clave, parcialmente rimada y versificada, en la que narró las andanzas de otro grupo, Sonora Fabergé. También publicó el ensayo *Confesiones de un licántropo* y el poema en prosa *Humo mágico, húmeda pasión*.

NUEVAS NOVELAS DE KEN KALFUS Y COLUM MCCANN



ICONOS RUSOS

En sus últimas novelas, el norteamericano Ken Kalfus y el irlandés Colum McCann demuestran cómo hacer un arte del amor por lo ajeno.

POR RODRIGO FRESÁN

Hubo un tiempo en el que Rusia era el paisaje donde se fraguaban las más grandes historias: novelas en cinemascope que convertían a un imperio en un planeta y que eran tan capaces de contener a ejércitos enteros danzando en un campo de batalla como de hundirse con igual grandeza en las trincheras de la mente de un hombre alucinado. Después, en algún momento, Rusia se burocratizó, dejó de ser un buen tema. Nabokov emigró a Estados Unidos a escribir la Gran Novela Americana con nombre de nena perversa, cayó el Muro y el satírico y globalista Victor Pelevin apareció como una suerte de Martin Amis/ Will Self, y Aleksandar Hemon y otros centroeuropeos se fueron a probar suerte –muy buena suerte– en USA.

No es sencilla la tarea de perseguir y atrapar una época, un hombre y los mapas y geografías de todo un ser nacional. *Dancer* y *The Commissariat of Enlightenment* son dos de esos contados libros que se leen con una mezcla de placer, incredulidad y envidia ante sus innegables logros y aciertos.

A este territorio devastado –la Unión Soviética y sus dioses caídos– viajan ahora el americano Ken Kalfus y el irlandés Colum McCann para revolucionar la novela histórica con dos libros capaces de conmover al mundo y, sí, para hacer la Rusia.

TOLSTOI Y CAMARADAS

"Hay escritores que nacen en la época equivocada y escritores que nacen en el país equivocado. Y están aquellos que nacen en la época equivocada y en el país equivocado: Ken Kalfus es uno de ellos", define casi con elogiosa crueldad un diario de New York. Ken Kalfus es uno de esos secretos a voces. Se casó con una mujer rusa, vivió en Moscú entre 1994 y 1998 –luego de pasar por Belgrado, París y Dublín– y publicó dos formidables colecciones de relatos –*Thirst* (1998) y *Pu-239 and Other Russians Fantasies* (1999)– que lo convirtieron en un favorito de la crítica y en un escritor "raro" por sus cuentos de nacionalidad mixta. Alguien dijo –por decir algo– que Kalfus era como "una mezcla de Updike y Calvino y Kafka". Pero la cosa no es tan sencilla. Su esperada y recién aparecida primera novela –*The Commissariat of Enlightenment*– complica todavía más su ya de por sí difícil clasificación con su mezcla de verdad y fantasía, su investigación histórica y sus ganas de hacer historia reescribiéndola a conveniencia.

The Commissariat of Enlightenment abre con la casi circense agonía en cámara lenta del conde León Tolstoi en una estación de tren y la odisea de Nikolai Gribshin, un camarógrafo de la Pathé que llega allí a filmarla para la posteridad. Gribshin comprende *in situ* el poderío que tendrá el celuloide –"la supremacía de la imagen sobre la palabra"– como agente creador de una nueva realidad política y atisba el amanecer de un Nuevo Orden Visual y del dogma como parte temático. La trama se continúa con el ascenso de Stalin, la momificación de Lenin y un formidable reparto que incluye a anarquistas, un director de teatro experimental, una actriz de cine porno "abstracto" que –con modales similares a los del *Ragtime* de E. L. Doctorow pero con el toque *freak* de Kalfus– acaban configurando un refrescante fresco donde se narra el nacimiento de la mitología soviética con mística de Marshall McLuhan y encuadres y montaje dignos de un futuro gran film a ser dirigido, por favor, por los hermanos Coen.

NUREYEV Y ENTOURAGE

La literatura suele valerse de otras profesiones a la hora de contar historias. Abundan los pintores, escritores, científicos, actores, detectives, músicos, chefs, pero –tal vez porque no es fácil escribir algo tan eminentemente *visible*– no suelen ponerse por escrito muchos bailarines. Con su flamante *Dancer*, el irlandés residente en Manhattan Colum McCann no sólo acepta y honra semejante desafío sino que, además, lo hace valiéndose de una de las deidades mayores del ballet: Rudolf Nureyev. McCann –considerado el mejor escritor joven de su país– se despega de toda tara y de todo tic a la hora de biografiar a un célebre y consigue, tomándose libertades ficticias para destilar la esencia de lo auténtico, la proeza de una novela coral donde la figura de Nureyev aparece en la mirada de segundos y terceros –padres, maestros, amantes, un ama de llaves, un zapatero, fans, todos ellos adictos de un modo u otro a Nureyev– y sólo en primera persona del singular a través de cartas y crípticas anotaciones en diarios íntimos.

A diferencia de lo que ocurre con la mayoría de las novelas basadas en personas y no en personajes, *Dancer* no es la historia de un artista sino de un arte poseído por un hombre. Asistimos así a la danza del pequeño Rudik, del gigante Rudi: un ser sublime, una bestia ególatra y un amante sin límites ni fronteras. Aquí, otra vez, resplandece la prosa de McCann, ya probada en dos libros de cuentos y dos novelas, y tan cómplice, por su potencia poética, por su delicado lirismo, con la de Michael Ondaatje (*El paciente inglés*). McCann inventa a un Nureyev fascinante –siempre funciona la historia de un dios en ascenso y caída libre– aun para los que no sienten ningún tipo de interés por la danza y sus ritos, y lo acompaña con un reparto de personajes secundarios hábilmente enhebrados, entre los que se cuentan Richard Avedon, Andy Warhol, Samuel Beckett, Tennessee Williams, John Lennon, Truman Capote, Mick Jagger, Jimi Hendrix, Francis Bacon, Rock Hudson, Margot Fonteyn, Roland Petit, Jackie O y, tal vez en las páginas más virtuosas y encandilantes de la novela, el venezolano Víctor Pareci, amante de Nureyev: leyenda de Studio 54 y alrededores y trepador de altura más que vertiginoso.

Dancer y *The Commissariat of Enlightenment* son dos de esos contados libros que se leen con una mezcla de placer, incredulidad y envidia ante sus innegables logros y aciertos. No es sencilla la tarea de perseguir y atrapar una época, un hombre y los mapas y geografías de todo un ser nacional. Kalfus y McCann viajan a Rusia y a lo ruso y se traen de vuelta dos novelas modélicas. Muy diferentes entre ellas, pero hermanadas por su nacionalidad adoptiva y por una misma y compleja mecánica diseñada para desmontar leyendas como si fueran relojes o bombas, da igual, sin por eso desvirtuarlos o empequeñecerlas pero, sí, transformándolas en algo comprensible y digno de nuestra piedad, admiración y afecto.

Para Rusia, con amor.